

Amira Juri (Compi): Homo Poieticus. Entre la filosofía y la poesía.

Gabriela Palazzo.

Cita:

Gabriela Palazzo (2018). *Amira Juri (Compi): Homo Poieticus. Entre la filosofía y la poesía*. Randa. *El pensar es siempre un tejido*,, 97-103.

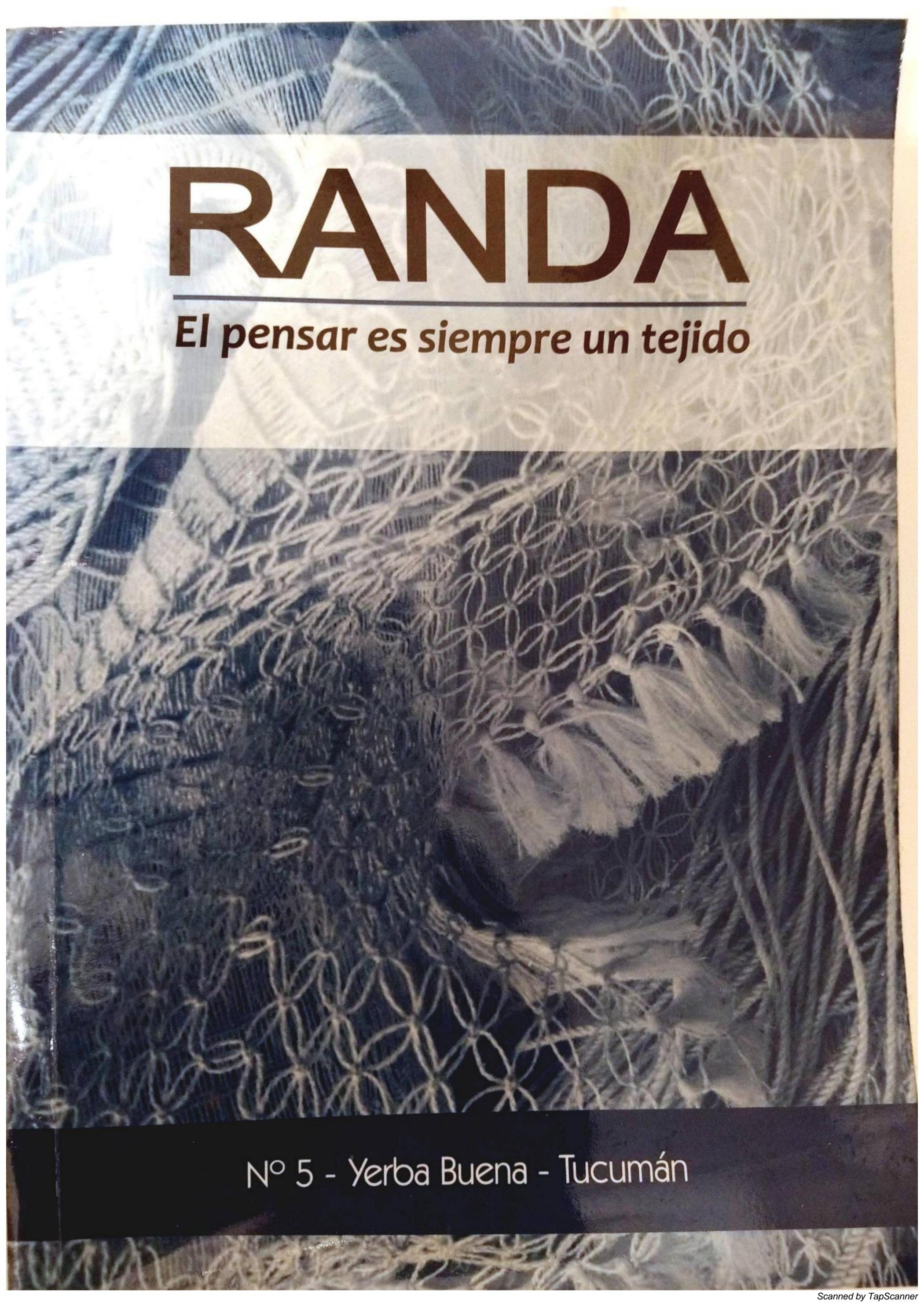
Dirección estable: <https://www.aacademica.org/gabriela.palazzo/70>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pf8d/zx8>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



RANDA

El pensar es siempre un tejido

Nº 5 - Yerba Buena - Tucumán

AMIRA JURI (COMPIL.): *HOMO POIETICUS*.
ENTRE LA FILOSOFÍA Y LA POESÍA, TUCUMÁN,
INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA Y FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN,
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, 2017

Gabriela Palazzo

Homo Poieticus, compilado por Amira Juri, es el tercer volumen de la colección "Poesía Joven" del Instituto de Estudios Antropológicos y Filosofía de la Religión. Podríamos pensar, entonces, que vamos a abrir las puertas a páginas de poesía. Pero no es puramente así, ya que esta compilación reúne una serie de escritos moldeados a partir de distintos géneros, entre los que la poesía tiene también su lugar. Pervive en todos ellos la función poética del lenguaje, a partir del momento en que las palabras buscan decir más de lo que significan en distintos grados de elaboración estética y vuelven sobre sí mismas para orientar y desorientar sentidos.

El libro nos permite entrar desde cualquier lugar y en cualquier momento ya que cada autor, cada autora, construye un microcosmos único que delinea subjetividades muy distintas. De esta forma, la lectura no está orientada por temas o campos, ni por estilos o trayectorias de

autorías, y esto es muy bueno porque, como en la vida, convive en él lo diverso.

En el prólogo, Amira Juri propone a la capacidad creadora de la palabra como el motor, o podríamos también decir el *humus*, desde el que brotan estos escritos. Además, se desafía la capacidad de cada lector para enhebrar y encontrar sentidos convergentes entre ellos como revelaciones del yo, así como entenderlos en tanto pacto de representación del mundo que irá activando zonas de la percepción, de la imaginación, del recuerdo y del pensamiento. Lo que muchos de ellos comparten es que moldean las distintas formas de la pregunta por el ser y el estar en uno, entre otros y en el mundo. Creo que de eso se trata: de proyectar la subjetividad de uno sobre la de los otros; de tomar un texto ajeno y transportarlo a la propia experiencia, multiplicarlo en los senderos de la imaginación. La palabra, estéticamente trabajada, posee ese enorme poder.

Escribir para mostrar, escribir para soñar, para denunciar, para cuestionar, para mirarse en un espejo y reconocerse; escribir y navegar la vida, las muertes, las esperanzas; escribir para ser y conocer. Y en tal ejercicio, en este libro hay algunas zonas de lo humano que se miran y se nombran: lo cotidiano, el sueño, lo sobrenatural, los vínculos con la naturaleza, el absurdo de las vanidades y la filosofía, claro, la filosofía.

Algo que dejan oír estas páginas es una variada gama de tonos y volúmenes de la voz: algunos textos susurran desde lo mínimo, otros se tensan en la ironía o cantan con la dulzura de la nostalgia, en las fronteras del tiempo. O, con cadencia moderada, caminan las palabras para que sigan rodando en reflexiones humanas.

Para referirme a estas producciones seguiré la línea de estilos genéricos o discursivos, comenzando por los de corte más netamente filosófico para terminar con los que considero más poéticos.

99

Ignacio Isas Chebaia construye sus microensayos mediante el juego del diálogo intertextual, donde el epígrafe es un móvil, un disparador de la elucubración filosófica. Sus textos vendrían a ser eslabones —en la metáfora bajtiniana— réplicas a una voz canónica (Barthes, Dostoevsky, Maaluf, Nietzsche) que albergan una sentencia, una idea, una mirada sobre el mundo actualizada en cada ensayo. De este modo, se plantea y nos plantea la deriva (o muerte) como posibilidad de la existencia, el tiempo como necesidad, lo insoportable de recorrer el camino interior que conlleva reconocimiento del sí mismo y decepción; no es condescendiente cuando plantea lo divino como construcción o bien la construcción de lo divino, inspirado en Nietzsche, así como tampoco evade el escepticismo respecto de la búsqueda de la verdad en imposibles “manuales” para ser humanos. Su prosa es categórica y también provocativa, irónica y cotidiana, en la que las sentencias de los maestros de la literatura, la ciencia y la filosofía conviven con Facebook, Whataspp y el colectivo o, dicho de otro modo, crea la pregunta filosófica desde todos esos entornos.

En el mismo sentido discursivo de construcción (epígrafes que pautan las claves de escritura y de lectura), Luciano Ovejero revisa la condición humana en su vínculo despiadado con los animales tras la pista de la voz, o, en clave de ficción, ironiza sobre el imaginario que se tiene acerca de los filósofos y también la capacidad transformadora, liberadora de los sueños: “Yo en mis sueños me arropo con la magia salvaje de los que se animan a ladrar, a trepar, a desgarrar, a correr por los campos pedregosos del cemento urbano”, dice, en “Lo inmemorial”. La analogía con los animales es constante, ya sea en relación con el origen de la voz humana como con el uso de las redes sociales.

Por su parte, Juan Pablo Martino, delinea sus preguntas y sus respuestas revelando a la Filosofía como lugar entre la sabiduría y el amor. En este camino, muestra el absurdo de la especulación filosófica de los sabios frente a la sabiduría del vagabundo; advierte sobre la

necesidad de la filosofía en un sentido positivo, como recuerdo de la humildad, como burla a la muerte y como vía de búsqueda de la *soportabilidad del ser*; una filosofía de preparación para la vida, no para la muerte. Por otra parte, el amor es mirado desde la interpretación de otras lecturas como Finkelkraut o Borges, a partir de la alteridad, el tiempo y la razón.

Las "Reflexiones" de Amira Juri dejan brotar una voz de optimismo y erudición y llevan a pensar los vínculos, las "correspondencias" entre lo humano y lo animal, entre el cuerpo y su sombra, el corazón y la vida. Reflexionar es pensar nuevamente en algo, y aquí, a través de trece fragmentos, piezas o ventanas se nos propone, con un estilo llano y claro, didáctico, contemplar la dimensión onírica, lo oculto pero latente, lo inconsciente y lo espiritual (la fe) como fuente o clave del sentido de la vida. Pensar en los vínculos entre vivos y muertos anclando en costumbres ancestrales, en rituales que funcionan como vasos comunicantes entre el más acá y el más allá. El andamiaje filosófico se levanta sobre las huellas de las palabras de autores y textos de la cultura universal: Agamben, Arendt, Barbosa, Primo Levi, Kierkegard, dejándonos con sabor a esperanza cuando, por ejemplo, dice "cada minuto es una empalizada de escombros que nos empuja al precipicio de la esperanza. En cada recodo del pantano, nos ilumina el espíritu".

Los relatos de Guadalupe Nuno (microtextos, cuentos, y también reflexiones no ficcionales) dejan surgir una mirada íntima, a veces impersonal, o testigo de los hechos. El sueño se representa como respuesta y revelación. La ficción propone un recorrido por el sueño, el lugar de las mujeres en estructuras familiares que son universales, la miseria material y moral. También, la imposibilidad de la felicidad en la fugacidad del cuerpo, la descartabilidad del ser humano y, lo más atractivo, pienso, la invitación a pensar en una categoría de "no palabras" para responder a las preguntas de la existencia.

La escritura agli, iudica y sin concesiones de Mercedes Chenaut articula la reflexión metalingüística y filosófica, la crítica al aparato académico con el relato ficcional. Muestra el envés de la tela del aparato retórico que construye categorías, en un juego de palabras que ironiza sobre la ampulosidad y el absurdo de las rotulaciones que encorsetan, arcaizan y apabullan a la creatividad. El juego de palabras también se vincula en "Matices (micro texto) con la función del "predicativo obligatorio" en un breve texto que podríamos llamar la "gramática femenina" donde lo obligatorio, finalmente, es ser feliz. Por su parte, el cuento "La venganza será terrible" despliega el absurdo de los avatares que atraviesa la palabra en el proceso de escritura de un texto; la humaniza (feminiza) visitándola con aires de reina del espacio de la página, fiel o servil a los deseos del autor (que es hombre y poeta), hasta llegar a la indignidad de ser una nota al pie. Que, como buena hembra despechada, se muda a otro texto, a su lugar en el mundo.

Los relatos de Julio Javier Córdoba nos ponen frente a la cara oscura de lo ominoso latente en la vida del hombre, en el límite con lo fantástico, o bien adentro de este territorio donde dominan las fuerzas extrañas, en narraciones donde podemos reconocer los temas de Poe, Cortázar o Kafka. Con frases simples, concretas, lo tenebroso es contado en distintos espacios: la biblioteca imaginada como trampa mortal, la literatura como fuente de locura, el sueño, el convento. El rostro de la muerte resulta ser el propio rostro, una suerte de anagnórisis macabra, como en "El vivo que no fue".

En los breves textos de Raúl Nader se visita lo cotidiano en su dimensión trascendente, mágica, azorada o escéptica. Un aroma, una imagen, un fenómeno natural se transforma en metáfora de lo eterno. Así también la paradoja se plantea como posibilidad y lugar de ocurrencia de lo mágico. La luna, como en Lorca, o en Hernández, es el símbolo, analogía, es el sueño en el rostro de los hombres y las mujeres; la vida es un eclipse, un misterio, un juego de luces y sombras "cargada de

augurios y presagios, la luna redonda y blanca, intercambia con la oscuridad pesares por esperanzas”, desliza en “Eclipse de luna”. El ser humano, en “Lejanía”, también es mirado con escepticismo o desencanto frente a la intemperie de la alienación, la extrañeza y la duda. Destaco especialmente -probablemente porque, de todo el espectro posible de nuestra humanidad, la mirada que tienen los chicos sobre la vida es la que más me conmueve- el relato “Nieve”, porque ahí ocurre un descubrimiento, una primera vez maravillosa, espectáculo blanco que se cuenta desde la inmensa inocencia de un niño pobre: “Había nevado por primera vez. Tapándose con una colcha corrió a ver qué le ocurría a su hijito. El niño señaló hacia afuera de la casa mostrándole todo el paisaje blanco. Mirá mamá, le dijo incrédulo, anoche se cayó la luna”.

La dimensión de lo mínimo también atraviesa los poemas de Alejandro Salustiano Alvarado, poeta que sabe manejar la capacidad de condensación y amplificación del texto poético cuando deja entrever la epifanía y el misterio de las cosas cotidianas y trae los ecos de ese viejo marino de Huidobro, el que cose los horizontes cortados. La palabra crea imágenes nunca dichas sobre las cosas vivas, sobre los paisajes queridos, “otro sol se comen los cerros, otro misterio”, cantan sus versos con vuelos creacionistas, así como la vida y la muerte desde el yo poético emerge, padece y late. “En la palma, la mañana”, cifra el salto sideral entre las cosas y su proyección simbólica.

“El lugar de la poesía es acotado en los anaqueles, pero no en la vida diaria”, dijo hace unos años el poeta Carlos Duguech. Y también: “La poesía sigue siendo un remanso o una fuente de inspiración vital”. Sin dudas, los poemas de Duguech en este libro cumplen con ambas premisas. Se expanden, se desbordan y se escapan por los anaqueles de la vida diaria con su belleza potente, creativa, creadora, íntima y universal. No resta sino conmoverse cuando los ojos se posan en estos versos que van pariendo la voz como silencio, como recuerdo, como poesía, como dolor, como papel y barco. Igualmente, en la ironía fina

que entremezcla la conversación con el soneto en un diálogo que le guiña el ojo al gran tema de la inmortalidad del escritor (Borges, en este caso) en el mármol de la escultura del poema “Palabra densa”. Así, también, la poesía descubre a la humanidad del otro en lo que, creo, es un magnífico elogio a la amistad de “Vigía de los vaticinios”, dedicado al poeta Manuel Serrano Pérez. Dulzura y añoranza en un poema que se desgana en metáfora que canta al navegante que vivió buscando puertos de fuerza de amor, de pérdida y de poesía. Canta el poeta también a fuerza dice “Ya no canto”) a la tristeza como pasión y desgarró simbolizada en el silencio del canto, que es el silencio de la vida: “Ya no canto niño/porque ya no cantas, niño”. Nos descubre, después, la proyección simbólica del papel de diario como voz que habla a todos y al yo lírico en y de todas las formas de ser en el mundo (en el teatro del mundo) y la conciencia del aquí y el ahora. Finalmente, su “Poema de aguas” dibuja a la vida como el agua donde el espíritu es la tabla de salvación que resiste al tiempo.

Hasta aquí llegamos en este recorrido breve sobre el libro *Homo Poeticus*. Y este final también es celebración y alegría por tener en nuestras manos, en nuestros estantes, en nuestras aulas, un libro concebido y nacido en Tucumán, un aporte valioso a la cultura, donde se han cruzado felizmente la literatura y la filosofía. La literatura, donde el mundo puede ser metáfora, y la filosofía, donde puede ser pregunta.